

SALVADOR ALLENDE, UN POLÍTICO DE LA SALUD

SALVADOR ALLENDE, A HEALTH POLITICIAN

A la hora de los homenajes ¿a quién homenajeamos en este cincuentenario?, ¿quién fue realmente Salvador Allende?, ¿qué lo posiciona en una condición de indiscutida figura histórica?, ¿qué lo hace sujeto y objeto de la salud pública chilena? Interrogantes que nos interpelan al reconocimiento de sentido y significado de lo que fue este representante de la historia social del pueblo chileno en el siglo XX y que nos convoca hoy a reflexionar acerca de los alcances de su obra, sus aportes a la construcción de la medicina social chilena, su legado en términos de producción de políticas públicas, diseños programáticos, inversiones estructurales, formación de técnicos y profesionales, su contribución al soporte financiero asociado a la expansión y complejización de la red pública de salud, etc.

Una figura tan potente como la de este hombre, que luchó por observar, interpretar y modificar el tránsito entre la vida, la enfermedad y la muerte desde el diálogo entre ciencia, economía y política, entre ciencias de la salud y ciencias sociales, inevitablemente despertó algunos estereotipos acerca de su identidad. Una constante asociada a la configuración de la mayoría de las distorsiones identitarias de que fue permanente objeto ha sido la de una figura escindida en dos personajes, al modo de las dos caras del Dios Jano. Uno de estos constructos, quizás el más popular y reconocido, ajeno a odiosidades y estigmas ideologizantes, es aquel que pone en diálogo al político popular, al líder histórico de un proyecto transformativo de la sociedad, el “compañero Allende”, con el “Dr. Salvador Allende”, profesional médico forjador de políticas públicas en salud, fundador de instituciones sanitarias con enfoque social. El luchador social, el político, el líder de masas, el revolucionario versus el universitario, el académico especialista en salud, el doctor que sana enfermos y estudia la muerte. Se trata en este caso de una polaridad que matiza dos aspectos identitarios que bien pueden entenderse como complementarios, sin que ninguno de ellos opere necesariamente como instrumento heterodoxo, irreverente, destructivo en contra de la figura en cuestión. En este caso, ambas facetas de este Dios Jano chilensis pueden ser objeto de la admiración, el respeto y el seguimiento por parte de la ciudadanía.

Hay una segunda bipolaridad que ubica la figura de Allende en las antípodas de sí mismo, que intenta denunciar el carácter aparentemente inconciliable entre sus dos facetas más sobresalientes: el político y el profesional de la salud. La crítica en este caso contiene un indiscutible sesgo ideológico, un prejuicio asociado a una perspectiva reduccionista con la que se analizan los alcances de ambas facetas. Por este camino toma cuerpo un estereotipo que lo acompañará toda la vida, particularmente en el período histórico correspondiente a la derrota de su proyecto histórico y el llamado período transicional posdictatorial, pero que persiste en un presente que se propone periclitarse lo que va quedando de los proyectos de sociedad y los mega relatos de una modernidad desfalleciente y carcomida por los ecos de la posverdad triunfante. Escenario propicio para la emergencia de un Allende demonizado, gestor de todos los males, en cuya razón de ser (es decir, en su esencia) se fusionan y potencian el médico

izquierdista con el político revolucionario, ambos en una simbiosis maléfica, que es negado y silenciado por moros y cristianos. Es rotulado así como eximio representante de un mundo ya carente de sentido, abortado por la historia, en donde los discursos de cambio social que dieron sentido a su existencia se han hundido para siempre en el fondo del océano, en un naufragio trágico que se llevó para siempre las utopías de un mundo como el que soñaron los clásicos de la revolución social.

Sin embargo, los acontecimientos históricos viajan por los tiempos a velocidad variable y discontinua, pero inapelables, desde la desmemoria y la mistificación hacia la deconstrucción de los mitos y el develamiento de la verdad (develar = quitar el velo). Hay, por tanto, otras lecturas que superan la metafísica tendenciosa con que se hace apología de esta figura histórica transformada en paradoja, en una aporía que lleva el binomio política/medicina a un callejón sin salida, desdibujada como pura irracionalidad. En el trabajo "Pensamiento del Dr. Salvador Allende para la salud pública actual", aparece una interesante pista para la correcta resolución de esta aparente dicotomía, en la voz de nuestro querido amigo, colega y compañero, el Dr. Juan Carlos Concha, ex Ministro de la Salud del Gobierno de la Unidad Popular (por tanto, me permito agregarlo a este homenaje como actor histórico junto a Allende). El Dr. Concha se pregunta por las claves de la identidad de Salvador Allende, por aquello que hace de su persona humana, en tanto totalidad social, un sujeto reconocible en su multidimensionalidad, en la presencia simultánea de todas las configuraciones del ser que lo tornan sujeto de la historia, una entidad sociopsicobiológica en la que el homo politicus, el homo economicus y su esencia cultural se entrelazan dialécticamente con la psiquis y la biología.

Desde esta epistemología resulta racional y lógico identificar la díada política/medicina que sobresale en la identidad personal de Allende como un todo imposible de escindir sin los inevitables costos que tienen los intentos por empobrecer los alcances logrados por esta figura humana y que vuelven a reconocerse como aportes civilizatorios y objeto de la admiración tanto internacional como dentro de su propio país. Con esta perspectiva teórica, el Dr. Concha resuelve esta aparente aporía entre política y medicina, definiendo a Allende como un Político de la Salud. Hay aquí una propuesta de construcción histórica del ex presidente de Chile, que lo posiciona, en palabras del ex ministro Concha, como *un médico de toda la*

vida y, al mismo tiempo, un político de toda la vida.

De este modo, el Dr. Concha propone que en la identidad del político que fue, se hace posible reconocer la existencia del médico transformador; del mismo modo que el médico –el Dr. Salvador Allende– es un sujeto de la política, un actor social que pone a la ciencia médica en permanente tensión con las estructuras sociales, con las realidades históricas propias del tiempo que le corresponde vivir. Nos señala el Dr. Concha:

Allende es un Político de la Salud, así, con mayúsculas, grado académico no concedido por institución alguna salvo, parafraseando al gran Máximo Gorki, la universidad de la vida.

El Político de la Salud, para el Dr. Concha, adquiere sentido pleno de la mano con el concepto de Medicina Social, mediante el cual el ser médico aparece ligado a un nuevo paradigma para entender el proceso salud/enfermedad/atención: esto es, como un hecho social total, desde el cual se superan las causalidades lineales por la multideterminación de esta tríada. De forma tal que no es posible su comprensión plena sin la incorporación, junto a las ciencias biomédicas, tanto de las ciencias sociales como las humanidades, diseñando con ellas una epistemología y una praxiología con fines transformativos y emancipatorios, como hoy lo proclaman la epidemiología social crítica, la salud colectiva y la salud mental colectiva latinoamericanas.

Esto es lo que hace Salvador Allende, el político de la salud, una intensa actividad práctico-teórica que se inscribe en los albores de la medicina social de la región, de la cual él mismo es uno de sus precursores, como lo reconocen Jaime Breilh desde Ecuador y Asa Cristina Laurel desde México. Así lo plantea el Dr. Concha, aludiendo a los alcances que tiene para Allende la llamada en ese entonces "Higiene Social":

Él habla de higiene social y delincuencia (podríamos hablar también de prostitución, alcoholismo, desnutrición infantil, pobreza, TBC, etc., tal como lo hizo Allende en su texto clave "La realidad médico social chilena", escrito en 1939.), un concepto que anuncia su mirada, que no es una mirada sobre los individuos ni una mirada sobre los fenómenos biológicos o sociales o psicológicos que acontecen, sino que es una mirada sobre el colectivo.

En "La Realidad Médico Social chilena", los problemas médicos más acuciantes que padece el pueblo pasan a constituir categorías mórbidas asociadas y derivadas de graves problemas sociales: vivienda,

educación, trabajo, previsión social, pobreza, etc. Ergo, la enfermedad y la muerte dejan de ser materia selectiva de la clínica y se transforman en preocupación integral de las políticas intra e intersectoriales, cuya solución amerita una medicina social ligada a políticas públicas que aborden también las fallas estructurales de un sistema social plagado de injusticias, inequidades y desigualdades. Inevitable evocación de Rudolph Virchow, quien un siglo antes que Allende proclama que la medicina es, ante todo, una ciencia social. Con Virchow pasamos a entender claramente que la existencia de un sujeto enfermo o de uno que muere no es sino la representación singularizada de los conflictos históricos de la humanidad en todo tiempo. Dijo Virchow:

La medicina es ciencia social, y la política no es otra cosa que medicina en gran escala.

Así lo entendió tempranamente el Dr. Allende, quien asumió, en los hechos y hasta las últimas consecuencias, esta aseveración virchowiana de que la medicina es, en sí misma, un acontecimiento de la política. Ello pese a que no se ha logrado configurar una relación explícita entre la obra de este médico, político y antropólogo alemán y el pensamiento de Allende, el político de la salud. Se trata más bien de una coincidencia visionaria entre dos médicos sociales, que se saltan distancias seculares para denunciar al unísono las injusticias y desigualdades que inundan las relaciones capitalistas.

El esfuerzo más reciente por ligar a Virchow con la obra posterior de Allende fue siguiendo la pista al médico anatomopatólogo alemán, Max Westenhöfer, quien trabajó por largos períodos en Chile como docente de la Escuela de Medicina de la U. de Chile y tuvo el privilegio de haber sido un cercano discípulo de su coterráneo. Sin embargo, no hubo hallazgos sólidos ni evidencia escrita algunas sobre la influencia de Virchow mediatizada esta vez por eventuales enseñanzas que el Dr. Westenhöfer hubiese otorgado al joven estudiante de medicina chileno. Solo se han confirmado los aportes docentes de este médico en la formación en anatomía patológica llevada a cabo en la Escuela de Medicina de nuestra universidad, pero no en medicina social, disciplina cuyo fundador en Europa fue su maestro Rudolph Virchow. Menos aún se ocupó el Dr. Max Westenhöfer del pensamiento político de su maestro. Se presume que, a lo más, Allende habría asistido a algunas de sus clases de anatomía patológica.

No obstante la carencia de vínculos personales del

Dr. Allende con estos dos médicos del Viejo Mundo, está muy lejos de la ausencia de conexión con el legado histórico de Virchow. Este vínculo ha quedado materializado en su producción teórica y práctica. Basta observar en su conjunto el carácter que adquirió su aporte a la salud pública y la medicina social chilena para comprender que está impregnada del pensamiento fundacional de una medicina social, crítica y transformativa que impulsó Virchow al calor del liberalismo europeo de la medianía del siglo XIX.

Es la obra concreta que se desprende del quehacer teórico/práctico del Político de la Salud lo que testimonia la progresiva construcción de una medicina social, de compromiso con las clases sociales oprimidas, en la que conceptos como justicia social, ciudadanía, democracia y participación social, comunidad, políticas públicas en salud, protagonismo del Estado, etc., van configurando una perspectiva, un paradigma y estrategias de acción en salud convergentes con un nuevo proyecto de sociedad, que Allende lo encarna en su ya mítico concepto de “socialismo a la chilena”, como nos lo recuerda el Dr. Concha.

Un punto culminante de este proyecto fue el Gobierno de la Unidad Popular, cuyo programa transformativo tiene a la base las llamadas 40 medidas, 12 de las cuales (casi un tercio) corresponden directamente a la puesta en marcha de iniciativas en salud, bajo la conducción del gobierno, al modo de políticas de Estado. Estas fueron las 12 medidas dirigidas a la salud de las y los chilenos:

- Descanso justo y oportuno
- Protección a la familia
- Mejor alimentación para el niño
- Leche para todos los niños de Chile
- Consultorio materno-infantil en su consultorio
- Control del alcoholismo
- Casa, luz, agua potable para todos
- Asistencia médica y sin burocracia
- Medicina gratuita en los hospitales
- No más estafas en los precios de los remedios
- Educación física y turismo popular
- No más impuestos a los alumnos

Una de estas medidas, el medio litro de leche, que fue capaz de mejorar sustantivamente la desnutrición al garantizar el otorgamiento de 47 millones de litros de leche en polvo para menores de 14 años, es el nodo de este nuevo paradigma, en donde el Dr. Allende demuestra en los hechos la fusión de la medicina con

la política, en un liderazgo que da estatus de integridad al trinomio salud/enfermedad/atención, dejando constancia de la imposibilidad de hacer lo uno sin lo otro. Aunque denostado y ridiculizado, el medio de litro de leche, al igual que varias otras iniciativas del gobierno de la Unidad Popular, tuvo un extraordinario impacto a nivel de parámetros epidemiológicos vinculados con la salud de los niños chilenos. La historia ha corregido esta maniobra mistificante y ha otorgado, con justicia ética y sociosanitaria, un valor simbólico superlativo a esta medida, al mismo tiempo que la ha transformado en un ejemplo que hizo de la política una herramienta fundamental para el avance científico y médico social.

Siguiendo el análisis del Dr. Concha recogido en nuestro texto, y a modo de síntesis, este Allende, fusionado entre el político y el médico, tiene dos méritos trascendentales en lo relativo al desarrollo de la salud pública: por una parte, en el campo específico de la salud su preocupación se centró en las morbi-mortalidades, la epidemiología, las realidades hospitalarias, la prevención, las disciplinas de la salud con sus respectivas especialidades, los recursos diagnósticos y terapéuticos, la atención primaria, el rol prioritario del Estado y la producción de políticas públicas de salud, las leyes sociales destinadas a mejorar las condiciones de vida de los trabajadores y sus familias, etc. Por otro lado, en una dimensión de carácter general, el Dr. Allende destaca los condicionamientos y determinaciones sociales que están en la base de los modos diferenciados de enfermar y morir de las clases sociales, por lo que su preocupación central pasó a ser la batalla por un nuevo modelo de sociedad, en el cual las relaciones sociales respondieran a valores y principios como la justicia social y la igualdad. Cuestión que resuena con cierta fuerza en el concepto de determinantes sociales de OMS generado en la primera década de este siglo y, más nítidamente aún, en la perspectiva de la salud colectiva, que paradójicamente, y de la mano con el enfoque histórico-social y el pensamiento crítico en salud, nace en los años 70 en nuestra región.

Estos dos campos de preocupación de Salvador

Allende que destaca el Dr. Concha sirven de sustrato teórico/práctico y ratificación de la figura de Allende como el político de la salud en tanto forjador de un horizonte utópico y al mismo tiempo productor de realidad histórica, proyecto y materialidad de un pensamiento y una fórmula integral de acción transformativa. En el cincuentenario del golpe militar en Chile, bueno es recordar el profundo humanismo de este proyecto de medicina social y también de la figura de Allende, que se posiciona en una perspectiva de intransable militancia con los derechos humanos y los derechos sociales.

Mario Amorós, en su brillante biografía sobre Allende, nos recuerda que este político de la salud, primer mártir de esta historia ligada al terrorismo de Estado preside el memorial del detenido desaparecido y del ejecutado político. Raúl Zurita esculpió en la piedra de dicho memorial el siguiente hermoso verso, que nos recuerda que las buenas ideas y la belleza de la vida humana, en torno de las cuales Allende hizo un intransable camino de existencia, bien pueden interpelarnos más allá de nuestras capacidades. Aún en estas circunstancias de pérdidas y dolores, nos queda un legado de certezas y esperanzas; así inscribimos en nuestras conciencias la obra de Salvador Allende, el político de la salud. Dice el poeta Zurita:

“Todo mi amor está aquí y se ha quedado pegado a las rocas, al mar, a las montañas”

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Allende, S. (1939). La realidad médico social chilena. Santiago de Chile, Ministerio de Salubridad, Previsión y Asistencia Social.
2. Amorós, M. (2018). Allende. La biografía. Santiago de Chile, Penguin Random House, Tercera edic.
3. Quiroga, P. (1988). Salvador Allende Gossens. Obras Escogidas 1938-1948 V I. El camino hacia la identidad. Santiago de Chile, Instituto de Estudios Contemporáneos; Ediciones Literatura Latinoamericana Reunida.
4. Oyarce, A.M.; Madariaga, C.; González, E. (2019) Cuatro miradas sobre la vigencia y legado del pensamiento del Dr. Salvador Allende para la salud pública actual. Santiago de Chile, Edit. Contrakorriente.